

ISABEL ALONSO DÁVILA

Como un pulso



Una historia de madres e hijos, de ocultaciones y secretos, que deja al descubierto el estrecho vínculo que une lo privado y lo público. 1995. Julia Ávila y su hijo Dani Climent ponen fin a un enredo familiar originado veinte años antes cuando una joven Julia embarazada, hija de una mujer de fuertes convicciones franquistas, es detenida en Granada por la Brigada Político Social. Su embarazo, parte del cual vivirá en la cárcel, constituirá el inicio de una maraña de mentiras y medias verdades, de intentos de solución y soluciones a medias, hasta que por fin se abra paso la verdad.

Inspirada en hechos reales, Como un pulso explora con delicadeza los territorios de las relaciones familiares durante una época en que unos nuevos modos de vida chocaban bruscamente con los viejos modelos de la dictadura.

Para Javier, mi hijo, mi primer lector

«[...] a partir de un momento determinado, que ya no es posible precisar con posterioridad, una comienza a verse a sí misma históricamente, es decir, inmersa en su época y vinculada a ella».

CHRISTA WOLF, *Un día del año*. 1960-2000

«¿Qué es la ridiculez?
Renunciar voluntariamente a tu libertad,
esa es la definición de ridiculez».

PHILIP ROTH, *El animal moribundo*

Prólogo

Veinte años y un día

El gesto fue muy breve, duró apenas un instante, pero los cuatro supieron que con él acababan veinte años de mentiras. El notario había extendido su pluma a Daniel mientras este todavía buscaba algo que escribiera en los entresijos de su desordenado macuto caqui y, ahora, la exigua firma aparecía estampada al final del documento que se había leído a los presentes. Algo infantil, como un borroncito tímido, pensó Julia de aquella firma, mirando a su hijo con una ternura que pocas veces asomaba a sus grandes ojos oscuros. Roberto y Simón habían permanecido muy quietos durante la lectura, dando con ello una cierta solemnidad a un acto que todos han intentado vivir de la manera menos enfática posible.

Roberto había perdido, por el camino del tiempo, el bigote que llevaba en aquellos años de estudiante de medicina en la Universidad de Granada y su casi inexistente labio superior quedaba ahora al descubierto, aunque todavía parecía estar preguntándose por qué le habrían dejado tan desnudo. Ese labio superior era el único rasgo disonante en una cara que, en todo lo demás, parecía ir proclamando la seguridad en sí mismo de la que siempre había hecho gala. Simón también aparecía pulcramente afeitado. Hacía ya algunos años que no llevaba su barba de estudiante, aquella que le daba un cierto toque andalusí que combinaba a la perfección con sus estudios de semíticas. A Julia le había atraído desde el primer momento.

El notario salió del despacho moviendo con cierta dificultad las carnes que le sobraban y que hacían que la camisa, que le quedaba perfecta en el cuello y los hombros, adquiriera el aspecto de un saco desmadejado a la altura del cinturón. Les acababa de decir que esperaran hasta tener listas las copias del documento que en aquel mismo acto debía entregar a los presentes.

Al quedarse solos empezaron a sonar de nuevo aquellas voces que no habían parado de oírse desde el momento en que los habían encerrado en aquel pequeño habitáculo, nada solemne, de aquella oficina, también nada solemne, hasta que había entrado el notario con casi una hora de retraso. Ahora fue Julia la primera en hablar.

—¿Te acuerdas de la notaría del abuelo, Dani? Qué diferente a esta, ¿no?

—La verdad es que no me acuerdo, mamá. Era muy pequeño cuando murió el abuelo.

Julia había contado a Dani muchas cosas de su abuelo, pero él sabía que recuerdos verdaderamente suyos tenía pocos. A veces pensaba, incluso, que más que recuerdos reales tenía en su cabeza los que su madre había ido colocando en ella o los falsos recuerdos que él mismo había construido viendo las fotos que tenía Julia de su padre por toda la casa.

—Al abuelo lo veo siempre como aparece en esa foto que nos hiciste tú —continuó Dani—, con el pelo gris peinado hacia atrás. Esa es la que estamos él y yo en La Explorada, casi a la puerta de su casa.

—Ya sé la que dices. Pero ahí estaba ya delgadísimo. Ahora, eso sí, impecable como siempre con un traje con chaleco.

—Me encanta esa foto. Yo voy andando ya solo, un poco adelantado. Pero mi mano izquierda se retrasa y se levanta hacia la mano derecha del abuelo, que, sin llegar a tocarme, aparece tendida hacia la mía, como si estuviera preparado para ayudarme si hacía falta. Lo que siempre me

ha llamado la atención de esa foto es la frágil cuerda blanca que va de la mano del abuelo a la mía, como si entre los dos estuviéramos arrastrando algún juguete que hubiera quedado oculto tras sus enormes zapatos, negros y brillantes, que hacen parecer a los míos, casi escondidos bajo la pequeña campana de mis pantalones, diminutos.

—Pero cuánto detalle, Dani. Me dejas impresionado —dijo Roberto.

—Es que la he mirado y remirado miles de veces. Si hasta hice un trabajo para la facultad sobre esa foto. Yo voy muy atento, como si me preocupara el particular suelo ondulante, mientras que el abuelo mira con la misma intensidad hacia mi cabeza, que aparece en claroscuro, iluminada desde el lado izquierdo. Debía ser por la mañana —pareció concluir Dani entrecerrando sus ojos verdes. Pero continuó —: Esa foto tiene *punctum*, que diría Roland Barthes. Y el *punctum* es precisamente ese cordón blanco que va de una mano enorme a otra minúscula.

—¿*Punctum*?, pero ¿qué es eso? —preguntó Simón mientras dirigía a Julia una mirada risueña que contribuyó a que sus ojos se achinaran aún más—. Creía que lo sabía todo sobre Barthes y ahora vienes tú a enseñarme algo nuevo.

—Nada, una cosa que aprendí en un curso de fotografía que me pagó mi madre un verano. Pero que conste que lo hizo para ver si dejaba de meterme en líos pintando grafitis y me dedicaba a fotografiar los que hacían los demás. Bueno, «documentar», lo llama ella. La verdad es que en el curso no aprendí mucho de fotos, pero nos hicieron leer ese libro y resulta que, «contra todo pronóstico», como habría dicho mi abuela, me gustó. Gracias, mamá —añadió Dani.

—De nada, hijo —dijo Julia con un tono que parecía indicar que esa fórmula de cortesía, utilizada con ironía, aparecía con frecuencia en los diálogos entre madre e hijo, como un legado, en forma de cita, de la generación anterior.

—Que no, no te rías, que esta vez te estoy dando las gracias de verdad. Es que el de Barthes es uno de los pocos libros que conservo en mi estantería —explicó Dani dirigiendo su mirada hacia Simón—. Y eso que, mi madre primero y tú después, no habéis parado de regalarme libros toda mi vida. Pero los otros los presto y los pierdo, y el de Barthes no lo he prestado nunca y creo que ya lo he leído como siete veces. Para que luego digáis que juego demasiado al Quake y que leo demasiado poco.

—Pero ¿de qué libro de Barthes hablas?, me tienes en ascuas —insistió Simón.

—¡Ah! Creía que lo sabrías. Así que no lo sabes todo, menos mal. Es *La cámara lúcida* y explica que el *punctum* tiene que ver con la emoción que despierta algún detalle en el que mira una foto. O algo así, vamos. Es una cosa que quien hace la foto no ha buscado, pero que sale de la imagen para clavarse en quien la mira, como una punzada en el rostro, dice Barthes. El que mira la foto lo ve, pero quien hizo la foto no lo vio cuando apretó el disparador de la cámara, como seguramente mi madre no vio la cuerda blanca entre la mano del abuelo y la mía el día en que nos hizo esa foto.

—¿Y qué líos eran esos en los que te habías metido, Dani? No sabía nada —dijo Simón volviendo los ojos hacia Julia, que parecía no estar escuchando las explicaciones de su hijo.

—Perdona. Es que no te lo había contado. —Julia se removió un poco en la silla—. Cuando Dani tenía dieciséis años, una tarde llamó la Policía municipal de L'Hospitalet a casa para decirme que lo tenían detenido. Lo habían encontrado pintando las paredes que hay junto a las vías del tren que salen de la estación de Sants. Peligrosísimo. Y encima ilegal. Me cogí un cabreo descomunal y, cuando Dani llegó a casa, le dije que hiciera lo que quisiera, pero que mientras fuera menor de edad no quería que me tuviera que llamar ni una vez más la Policía por su culpa.

—Bueno, me parece que tiene a quién parecerse —intervino Roberto, intentando ganarse la complicidad de Dani—. Aunque, claro, Julia, seguro que tú dirás que lo nuestro era otra cosa, que lo nuestro iba en serio, que era importante, aunque yo ya no esté tan convencido. —Julia desvió la mirada y Roberto se dirigió a Dani—. ¿Y qué?, ¿seguiste pintando paredes?

—La verdad es que sí. —Mirada agradecida a Roberto por salirle al quite—. Pero ahora tengo más cuidado para que no me pillen. Además, a partir del curso de fotografía, empecé también a «documentar» las paredes, para no defraudar a mi madre. —Con esta frase hizo reír a todos—. La Policía la volvió a llamar otra vez, pero a medianoche. Y no por los grafitis.

—No, esa vez fue peor —dijo Julia—, pero hablemos de otro tema, anda, que este no me gusta nada.

—¿Por qué no hablamos de la cámara de fotos réflex que me regalaste ayer por mi veinte cumpleaños? —propuso Dani.

—No, de eso tampoco. Nos tendrás que dejar hablar a los demás, ¿no te parece? —Julia posó su mano derecha sobre las nerviosas y frágiles manos de su hijo.

—Y ¿fotos de tu madre, también tienes muchas en casa, Julia? —preguntó Roberto, nombrando por primera vez la ausencia que les había permitido estar ahora ahí, en la notaría, esperando la entrega de las copias del documento que acababa de firmar Dani.

—Pues la verdad es que de mi madre no tengo casi fotos. —Julia se quitó las gafas y se frotó los ojos, como si le sorprendiera un cansancio agazapado hasta ese momento—. Bueno, ahora que lo pienso bien, tampoco es exactamente verdad lo que acabo de decir. El día del funeral nos repartimos entre todos los hermanos las fotos que ella tenía enmarcadas en su casa de Medina: Florita en el viaje que hizo a Lourdes con sus amigas al poco de quedarse viuda; Florita y mi padre con sus ocho hijos en las innumerables

fotos que nos hacíamos para el carnet de familia numerosa y que iban marcando nuestro crecimiento con una periodicidad matemática.

»Si es que casi parecían salidas de una exposición de fotos de las hermanas Brown de Nicholas Nixon; Florita con cada uno de sus diez nietos, pero con la expresión cada vez más perdida; Florita en las bodas de todos sus hijos... Bueno, otra vez estoy faltando a la verdad, porque ella no aparecía en la foto que tenía enmarcada del día de nuestra boda, Roberto. Además, cuando nos separamos, retiró la que puso al principio, en la que estábamos tú y yo en el altar, y la sustituyó por una en que aparecía yo sola con el traje de novia blanco que me hizo coser en Menargues, "el mejor sastre de Alicante", como decía ella, y que me obligó a llevar aquel día. ¿Te acuerdas de las discusiones que tuvimos por el vestido, Roberto?

—Bueno, y por casi todo: que si la boda en la catedral y su empeño en que nos casara el padre Fructuoso, aquel capuchino predicador, al que su familia había escondido «de los rojos» en la Guerra Civil, que ya había casado a tu hermano el mayor y que después casaría a todos los demás.

—Y también sobre los invitados y sobre el restaurante, el Montíboli de Villajoyosa, ¿recuerdas?... Terminó por vernos por agotamiento y consiguió que pasáramos por todo lo que ella quería —añadió Julia.

—Menos por lo de la nota en el ABC, ¡qué ridiculez! —puntualizó Roberto, que parecía entre irritado y divertido al evocar ese recuerdo.

—Ah, sí. Eso sí que no —dijo Julia—. ¿Te imaginas?, qué vergüenza. De todas maneras, difícil hubiera sido que alguno de nuestros amigos leyera los ecos de sociedad del ABC, ¿no crees? Bueno, y tampoco transigí en el largo del vestido. De blanco, vale, pero, al menos, de corto. Por eso puso en la estantería una foto con encuadre americano, para que no se me vieran las piernas.

—Pues no tienes tú unas piernas como para esconderlas en ninguna foto —intervino Simón, consiguiendo el asentimiento de Roberto.

—No me digas que os vais a poner a hablar de mis piernas ahora, Simón. Bueno, el caso es que todas las fotos de mi madre que me han tocado en el reparto, con *punctum* o sin él —dijo Julia acariciando la cabeza de Dani, que parecía algo enfurruñado—, todavía están en la caja en la que llegaron desde Medina a Barcelona. Es que no he tenido ganas de abrirla. Ya decidiré si hay alguna que quiero ver todos los días en la estantería. Que no creo.

—Pues las que no quieras me las das a mí, que yo no tengo tantos problemas con las fotos de la abuela. ¡Cómo te pasas, mamá! No creo yo que sea para tanto. Además, todo el mundo dice que has salido a ella. Pero, bueno, si seguimos con el tema fotos, tengo que deciros que a mí la foto que más me intrigaba es una Polaroid descolorida en la que mi madre está superembarazada, con unos pantalones de campana de color verde, como de punto, y una casaca a rayas haciendo juego, que le llega por debajo de las caderas. Está con vosotros dos y con Susi. Y, al fondo, el peñón de Ifach. Pero ¿qué hacíais ahí?, ¿por qué os hicisteis una foto en un sitio tan feo?, digo yo.

—Entonces no era tan feo, Dani —dijo Julia, molesta con las afirmaciones tan tajantes que había empezado a hacer su hijo desde hacía poco tiempo—. Además, ya te lo he explicado mil veces: tu tío Isaías se acababa de comprar una Polaroid y la estrenó ese día. Habíamos quedado con él a mitad de camino entre Valencia y Alicante, para ver la urbanización La Manzanera de Bofill... —Julia no pudo continuar porque Dani la interrumpió como si no la estuviera escuchando:

—Lo que más me interesa de esa Polaroid es pensar en cuántas explicaciones distintas me has ido dando a lo largo de mi vida de los cuatro que aparecéis en ella. Por cierto, que estáis los mismos que en esa foto en blanco y negro

tan bonita en que tenéis el 420 detrás con la vela mayor medio izada en ese pantano de Granada.

—El pantano de Cubillas —aclaró Roberto.

—Bueno, pues eso, el pantano de Cubillas. Primero, resulta que Roberto era mi padre y Simón y Susi dos compañeros de la Universidad de Granada. Luego, que... —pero no pudo terminar la frase, porque Julia le cortó:

—Dani, que no somos tus amigos y todos nosotros nos sabemos esa historia de memoria. Por eso estamos aquí, ¿no?

—Vale, paro ya. Pero quiero que me regales esa foto, mamá. La pondré en mi estantería con el documento que acabo de firmar y el libro de Roland Barthes. Tiene su *punctum* la cosa —dijo Dani riendo.

Justo entonces volvió a entrar el notario, con un aspecto aún más desmadejado del que tenía cuando salió del pequeño despacho en que se encontraban. Parecía que hubiera tenido que firmar en el intervalo quinientas escrituras de propiedad de apartamentos de la playa de San Juan.

—Ya están las copias. Lo siento, pero debo leerles el documento de notificación, antes de entregárselo. —Y empezó a leer a una velocidad que parecía acercarse peligrosamente a la de la luz:

Acta de manifestaciones número setecientos ochenta y siete. En Alicante, mi residencia, a 24 de febrero de 1996. Ante mí, Juan Sobrino Fernández, notario de esta capital y del Ilustre Colegio de Valencia, comparece don Daniel Climent Ávila, estudiante, mayor de edad, soltero, vecino de Barcelona, con domicilio en calle Rosellón 188, 4.º y con DNI número 20011 197 N. Interviene en su propio nombre y derecho. Me aseguro de su identidad por la documentación reseñada, de la que testimonio dejo unido a esta matriz. Tiene, a mi juicio, capacidad legal suficiente e interés legítimo para otorgar este acta de manifestaciones. Requerimiento: Interesa al señor compareciente que yo, el notario, recoja las siguientes manifestaciones, que verbalmente me hace, des-

pués de advertirle de las consecuencias de toda índole que podrían derivarse de la inexactitud o falsedad de las mismas...

Mientras seguía el sonsonete provocado por la rapidísima lectura del notario, que volvía a repetir los nombres de Roberto y de Simón, sus domicilios, en Valencia y en Granada, y sus DNI, antes de que cada uno de ellos fuera diciendo ordenadamente que aceptaba la notificación, Julia, sin proponérselo, se vio buceando, como quien lo hace en las aguas heladas de un lago y cree que va a terminar por perder el aliento, en aquella caja de fotos de casa de su madre con la que había viajado en el talgo de Madrid a Barcelona hacía poco más de un mes.

Diez minutos más tarde, cada uno con su documento en la mano, se dirigieron hacia la puerta de la notaría. Ya en la calle, tomaron Eusebio Sempere para dirigirse al club de regatas. La verdad es que Isaías lo había organizado todo a la perfección. No solo había puesto en contacto a Julia con aquel abogado de Alicante, amigo desde los años de la lucha antifranquista, que los había ayudado a deshacer el nudo de aquella madeja enredada, sino que también les había reservado mesa frente al puerto para comer un arroz con alcachofas y sepia, el preferido de Julia. Simón y Dani caminaban delante, y Julia pensó que cada vez se parecían más: espigados y con el mismo paso elástico y tranquilo. Simón apoyaba su brazo sobre el hombro de Dani. Seguramente seguían hablando de Barthes. Julia y Roberto iban detrás, pero Dani pudo oír perfectamente lo que él le decía a su madre:

—Gracias, Julia, por todo esto. Ya sé que lo has hecho por mí y tengo que decirte que me he quedado mucho más tranquilo. Mañana les explicaré todo a mis hijos.

Primera parte

Lobos en la plaza

—Terminamos, por fin —dijo Julia soltando un suspiro—. Podemos bajar a tomar algo al bar, que buena falta nos hace. Los de la furgoneta no vendrán hasta las siete.

Mientras decía esto, Julia consultó su reloj Omega de esfera azul oscuro, el que había impuesto como regalo de pedida y que su madre consideró siempre demasiado masculino. Julia se había negado a recibir el tradicional anillo. «Si a Roberto le regaláis un reloj, yo también quiero un reloj», había argumentado entonces. Comprobó que eran las seis y cuarto.

—Roberto, bajad vosotros primero en el ascensor, anda, que no cabemos todos. Así yo doy una última vuelta a la casa y compruebo que no nos hayamos olvidado de meter nada en las cajas.

Julia dejó abierta la puerta del apartamento y empezó a recorrerlo con la prisa enganchada a sus pies. Abrió uno por uno los armarios de la pequeña cocina, con la rapidez que solo se tiene cuando no hace mucho que se han cumplido los veinte años. Comprobó que no se habían dejado nada. Hizo lo mismo, y con la misma precipitación, en el cuarto de baño y, después, en los dos dormitorios y el estudio. Sin embargo, cuando empezó a repasar con la vista la sala de estar-comedor que era el centro de todas aquellas habitaciones y vio la cama nido que les había servido de sofá y de sofá cama durante los dos años en que habían vivido allí, hasta terminar sus carreras, no pudo evitar detenerse y recordar a su madre, durmiendo en «ese trasto»,

como lo había llamado en la única ocasión en que había venido a visitarlos desde Alicante.

—Pero ¿cómo habéis podido elegir un sitio así para vivir, Julia? ¡Un barrio obrero! Con lo bien situado que estaba aquel pisito que os alquilamos nosotros al lado de la Facultad de Medicina. Además, no quiero ni imaginarme cómo se pondrá esto cuando llueva, sin asfaltar como está. Y ¿cómo dices que se llama? ¿La Chana? Pero ¿qué nombre es ese para un barrio? Si parece el nombre de una cabaretera de baja estofa. Es que no tienes cabeza, hija mía —había dicho Florita nada más aparcar su Mini Morris verde botella y dar un rápido beso a Julia, que había introducido la cabeza en el coche para poder saludar a su madre.

—Pues porque nos gustaba más esta casa, mamá. ¿Te acuerdas de que la otra era toda interior? Ya verás las vistas que tiene esta desde la terraza. Se ve Sierra Nevada y cómo va cambiando de color a lo largo del día. A la hora en que está más bonita es a la puesta de sol, cuando se empieza a poner de color rosa para ir girando poco a poco hasta un morado pálido —había respondido Julia mientras sacaba el neceser de su madre del maletero, y Florita apagaba en el cenicero del coche el Nobel que acababa de encender y al que solo había llegado a dar dos caladas.

Enlazando un gesto con otro, como si lo raro fuera que no pudiera hacer las dos cosas al mismo tiempo, Florita se pintó a continuación los labios, con una barra de un rojo intenso que acababa de sacar de la guantera del coche, mirándose en el minúsculo espejo retrovisor. «Era el único maquillaje que utilizaba, pero la verdad es que el carmín en los labios le quedaba muy bien», recordó Julia y pensó que, algunas veces, había intentado imitar ese peculiar estilo de su madre sin llegar nunca a conseguirlo. El carmín, en los labios de Julia, solo conseguía ser un rasgo disonante en su cara lavada, mientras que, en los de su madre, parecía encontrar el lugar más cómodo en el que pasar el día.